

José Antonio Marina

Ética para náufragos



Este libro es un manual de supervivencia para náufragos. Es decir, para todos. Los problemas que trata son fáciles de enunciar y menos fáciles de resolver. No son más que tres: cómo mantenerse a flote, cómo construir una embarcación y gobernarla, cómo dirigirse a puerto. Sobrevivir, navegar, elegir rumbo son los tres decisivos niveles éticos. Hay una ética de la supervivencia, una ética de la delicia y una ética de la dignidad. Su estudio va a ocupar el piso más alto de la teoría de la inteligencia creadora. La verdad científica, además de verdadera es divertida. Me divierto mucho investigando y procuro que mis lectores también se diviertan cuando les cuento lo que investigo, afirma marina. Este libro ha apostado fuerte, porque pasar de la inteligencia creadora a la ética podría parecer un abandono del reino de la libertad para caer en las mazmorras de las normas, pero el autor difiere: la ética es lo más creador que la inteligencia piensa cuando piensa en el modo de vivir.

Índice de contenido

Cubierta

Ética para náufragos

Introducción

I. La inteligencia y el deseo

Notas

II. La inmoralidad de la ética

Notas

III. La ergometría de las evidencias

Notas

IV. La elección de órbita

Notas

V. Una inteligencia en busca de definición

Notas

VI. El horizonte de la felicidad

Notas

VII. Los buenos sentimientos

Notas

VIII. ¿Pero qué derechos?

Notas

IX. El descubrimiento de los deberes

Notas

Sobre el autor

Notas

A Pilar.

Introducción

Estoy frente al mar que se luce bajo el sol pavoneándose. Este resplandeciente lugar batido por todos los vientos y por el aupado sonido de las olas no parece adecuado para hablar de ética. Tenemos el runrún de que la moral solo puede medrar en aires clausurados de catacumba o celda, como los mohos. Moral entona mejor con el color morado, de medio luto, que con este azul ensoberbecido y alegre. Mencionar palabras tan tremendas como *deber, norma, responsabilidad, imperativo categórico, falta* parece antinatural aquí, en el seno de esta naturaleza amable que nos brinda sus cálidas delicias y esa luz enjambrada entre las olas.

Frente a la costa está anclado un velero de tres palos que convierte el mar en un anacronismo y también en una invitación. ¡Navegar! ¡Qué gran metáfora del vivir inteligente! Ese barco que cabecea en el resol es una creación de la inteligencia humana para aprovechar a su favor las fuerzas que están en su contra, y apoderarse así del mar. Un buen timonel sabe navegar contra el viento sirviéndose del empujón del viento al que ha confundido previamente entre las velas. El viento extraviado sale por donde puede, que es por donde el navegante quiere. Ese hábil navegar dando bordadas, ciñéndose de una amura y luego de otra, en un zigzag que engaña a las olas y que a mí me recuerda lo que Hegel llamaba *astucia de la razón*, le permite avanzar a barlovento, plantando cara al aire encrespado, que es lo que antes o después tenemos que hacer todos. Navegar es una victoria de la voluntad sobre el determinismo. Como

escribió el sentencioso Séneca: «El buen piloto aun con la vela rota y desarmado y todo, repara las reliquias de su nave para seguir su ruta».

¿Por qué, entonces, no escribir una *ética para navegantes*? Eso habría podido hacerlo Séneca, supongo, pues escribió otra frase muy hermosa y muy engreída: «Náufrago fui, antes que navegante». Y quizá también el pobre Nietzsche, que varado en los peñascos de la alta Engadina y en su aflicción soñaba con singladuras arriesgadas. Yo no doy para tanto. Si acaso podría decir: Náufrago soy, ¡ay, quién fuera navegante! Y barrunto que esa es también la situación del lector, si bien lo mira. Así que no navegamos en el mismo barco sino que braceamos en el mismo mar.

Este libro es un manual de supervivencia para náufragos; lo que a las claras o a las oscuras deberían ser todos los libros de ética. Los temas que trata son fáciles de enunciar y menos fáciles de resolver. No son más que tres: cómo mantenerse a flote, cómo construir una embarcación y gobernarla, cómo dirigirse a puerto. La obra es también un tratado de ética constituyente, pero sobre esto guardaré por ahora absoluta reserva.

Sobrevivir, navegar, elegir rumbo son los decisivos niveles éticos. Hay una ética de la supervivencia, una ética de la felicidad y una ética de la dignidad. No haberlas distinguido ha supuesto mezclar sin orden ni concierto problemas de distintas procedencias y soluciones con desiguales garantías. Ni todo es igual de seguro ni todo es igual de importante en moral, y mientras no deslindemos responsabilidades y desenredemos la maraña, los problemas, conceptos y teorías éticas presentarán el aspecto torpemente selvático de un jardín abandonado.

Este libro de ética es la continuación de una teoría de la inteligencia creadora. Vamos a hablar, pues, de creación. Tengo las estanterías llenas de libros sobre creatividad que analizan las grandes invenciones de la humanidad, desde el tenedor (Weber, R. J.: *Forks, Phonographs, Hot Air Bal-*

loons, Oxford University Press, Nueva York, 1992) hasta la síntesis de los diamantes (Weber, R. J., y Perkins, D. N.: *Inventive Minds*, Oxford University Press, Nueva York, 1992), desde *Cumbres borrascosas* (Kavaler-Adler, S.: *The Compulsion to Create*, Routledge, Nueva York, 1993) hasta la teoría de la evolución (Gruber, H. E.: *Darwin sobre el hombre*, Alianza, Madrid, 1984). En este carrusel de brillantes invenciones no aparece por ninguna parte la creación moral. Solo en el reciente libro de Howard Gardner (*Creating Minds*, Basic Books, Nueva York, 1993) se dedica un capítulo a Gandhi.

Confieso al lector que nunca había pensado que la ética pudiera ser la más inteligente creación de la inteligencia humana, hasta que no tuve más remedio que pensarlo. Lo tenía delante de mis narices pero no lo había visto. Nunca pensé escribir un libro de ética. Lo mío era la inteligencia creadora, y todavía me cuesta trabajo pensar que la ética no es el museo de las prohibiciones sino la máxima expansión de la creatividad humana. Es una ampliación de la vida y se encuentra por ello a sus anchas en esta mañana abierta, azul y tan brillante.

En este libro hago frecuentes referencias a mis dos obras anteriores: *Elogio y refutación del ingenio* y *Teoría de la inteligencia creadora*. Como los títulos son tan largos, los he reducido a siglas: ERI y TIC. Lo advierto para que cuando aparezcan estas expresiones el lector sepa que estoy refiriéndome a esos libros y no llamando a mis perros.

En TIC tuve la divertida experiencia de dialogar sobre bibliografía con un lector, y la he repetido. Me retracto de lo dicho. Decir que ha sido una repetición sería hacer de menos a una persona maravillosa. Luego lo comprenderán.

Mis alumnos de ética de 3º de BUP del Instituto de La Cabrera fueron los primeros en tener noticia de este libro. Aprobaron el título y les prometí que figurarían en la introducción. Cumpló lo prometido. Sus nombres son: Julián Calleja, Elena Díaz, Eva María Gil, Berta Madrigal, María

Martínez, Emma Martín, Santiago Dávila, Diego Riesco, Sergio González y Soledad Montero.

Con este libro quiero sumarme a la celebración del XXV aniversario de la fundación de la Editorial Anagrama, y también agradecer a las personas que hay tras ese nombre — Jorge, Lali, María, Teresa, Carmen, Mónica y todos los demás— su incansable amabilidad.

I. LA INTELIGENCIA Y EL DESEO

1

«Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo». Así empieza la novela *Cien años de soledad*, y cuenta García Márquez que después de haber escrito esa primera frase se preguntó: «¿Y ahora qué carajo sigue?». Expresada en forma poco académica, esa es la pregunta fundamental de la ética. Nuestras vidas no son los ríos que van a dar a la mar que es el morir. Lo dijo el poeta, pero ya se sabe que los poetas mienten mucho. Vivir es más parecido a escribir. La vida no discurre como un río, sino como una narración. Acto a acto contamos nuestra historia y en cada instante tenemos que decidir la frase que escribiremos a continuación, el proyecto, el argumento, el estilo.

Acabo de volver de la huerta. Ya han brotado los surtidores verdes de los ajos, los guisantes con sus minuciosos zarcillos y las poderosas patatas. Bajo el sol, las plateadas plantas de alcachofa muestran su enrevesada prestancia de capitel barroco. Sobre la áspera roca han florecido inverosímiles los minúsculos sédums. Descubrir su diminuta belleza es un acto creador: una enérgica oposición a las fuerzas de la gravedad y la miopía. Lo más fácil es pisarlos. Los lirios, en cambio, imponen briosamente su presencia, erizando de dulzura el paisaje reseco. Me gustaría describir la contradic-

ción entre sus flores despeinadas y sus hojas cortantes. Parecen niñas jugando con espadas.

Tal vez el lector crea que estoy escribiendo una meditación poética sobre mi huerta, pero se engaña. Estoy haciendo una *meditación ética*. ¿Por qué? Porque lo que he escrito no ha sido un arrebató sentimental, sino un voluntario intento de construir las torres altas del estilo y transfigurar la realidad inventando —encontrando— en ella esa posibilidad libre que es la belleza.

Hemos quedado en que vivir es como escribir: una sabia o torpe mezcla de determinismo e invención. El lenguaje nos impone sus estructuras fijas, sin remedio. Si no las aceptamos, escribir es una caprichosa e inútil gesticulación, pero si nos limitamos a seguir sus eficaces rutinas caemos en un automatismo indolente. La creación literaria sorteá con habilidad ambos peligros y es por ello una bella metáfora del quehacer ético. Cada vez que producimos una frase expresiva, precisa, brillante, no mecánica ni casual ni ecológica, estamos ejecutando un acto de libertad y alterando lujosamente las leyes físicas y psicológicas que rigen la caída de los graves. Encomendamos el control de nuestra acción a los valores elegidos. En fin, que mantener un buen estilo en el escribir o en el vivir es un alarde de talento creador.

Comenzar un libro de ética hablando de escribir bien no es una extravagancia sino una artimaña para recordar una verdad de perogrullo: que somos autores de nuestra biografía y nos pertenece el *copyright*. Aquí se acaba la metáfora y empieza la literalidad. El lector tiene derecho a decirme que no somos autores y que nuestras obras son hijas de la situación y del carácter. Puede aducir que las circunstancias —que son un determinismo exterior— y las pulsiones —que son un determinismo íntimo— dejan poco sitio a la libertad creadora, que no pasa de ser un breve hiato locuaz abrumado por tanta coacción. Pero cuanto más se empeñe en convencerme de ello, con más energía se está refutan-

do, porque si quiere argumentar con brillantez, escogiendo la formulación más contundente, sosegando la impaciencia y buscando con tesón la claridad, estará negando con sus actos lo que sus conceptos pretenden demostrar.

Reconocernos como autores, a pesar de la confabulación de determinismo y azar que parece guiar nuestras vidas, es una de las principales tareas éticas. El hombre, que es un ser de empeños y claudicaciones, renuncia con facilidad a su condición de autor para convertirse en robot, plagario o marioneta. O en río, como diría el poeta. Las rutinas nos aguardan siempre, ofreciéndonos un seno maternal, cálido y adormecedor, donde adoptar una postura fetal y descansar. Podemos abandonarnos a esos automatismos regresivos y luego quejarnos de su monotonía. Incluso puede ser delicioso cortarnos los pies y llorar después nuestra cojera, pero no se lo recomiendo al lector.

Todo esto tiene que ver con el título porque el náufrago, como el creador, necesita mantenerse a flote por sus propias fuerzas, uno en el estilo y el otro en la vida. En este sentido todos somos náufragos. «La vida es darme cuenta, enterarme de que estoy sumergido, náufrago en un elemento extraño a mí, donde no tengo más remedio que hacer siempre algo para sostenerme en él, para mantenerme a flote. Yo no me he dado la vida, sino, al revés, me encuentro en ella sin quererlo, sin que se me haya consultado previamente ni se me haya pedido la venia». Así escribía Ortega, pensador nada quejicoso, la situación humana. Si el lector se siente, en este instante, ufano, alegre, altivo, enamorado, es decir, si tiene la suerte de habitar alguno de nuestros oasis vitales, pensará que el filósofo, a pesar de su reconocido optimismo, ha sucumbido a un ramalazo de melancolía, y, asubio en su bienestar, le costará admitir que todos seamos náufragos.

Pues lo somos y vivimos sosteniéndonos en vilo, a pulso, braceando o, como conté en mi libro anterior, à *la Münchhausen*, nombre que tomo del conocido lance de tan fa-

moso farsante. El barón de Münchhausen contó que, habiendo caído en un peligroso pantano donde se hundía sin remedio, consiguió salvarse y salvar a su cabalgadura tirándose hacia arriba de los pelos. Algo tan extravagante tiene que hacer el hombre, como le explicaré con más detalle. El lenguaje da fe de ello acuñando palabras enigmáticas y magníficas, como *sobreponerse*, *superarse*, *aguantarse*, *sobrevivir*, hallazgos lingüísticos que nada tienen que envidiar a la excelencia de Nietzsche (por cierto, ese ex de ex-celencia es también notable) cuando hacía decir a Zaratustra: «Ahora me veo a mí mismo por debajo de mí». (Ocultando tras el biombo del paréntesis el rubor que me produce mi pedantería, me atrevo a mencionar otras dos variantes de: la misma metáfora. Séneca elogió a los esforzados hombres «que en sí propios hallaron el ímpetu y subieron en hombros de sí mismos», y San Buenaventura advirtió que cualquiera fracasaría «nisi supra semetipsum ascendat», si no se encaramaba sobre sí mismo). Los antónimos de esas palabras que he mencionado son aún más impresionantes: *hundirse*, *perderse*, *degradarse* y el tremendo *abandonarse*, del que después comentaré algo.

Creamos a fuerza de fuerzas. Mantenemos en vilo el orbe de los valores y de la dignidad humana, presto a desplomarse si claudicamos. Vivimos una *ética precaria*. Le ruego al lector, es decir a usted, que no lo olvide porque en este libro voy a pedirle su colaboración, y no en un sentido metafórico. Nos ponemos a salvo del gran sumidero en que puede convertirse el mar de la realidad. Crear es sacudir la inercia, mantener a pulso la libertad, nadar contracorriente, cuidar el estilo, decir una palabra amable, defender un derecho, inventar un chiste, hacer un regalo, reírse de uno mismo, tomarse muy en serio las cosas serias. Todo esto es el tema de la ética, que no es una meditación sobre el destino, sino una meditación sobre cómo burlarse del destino, es decir, del determinismo, de la rutina, de la maldad

y del tedio. Epicuro también lo dijo: «Ser sabio es *reírse de la Fortuna*» (D. L., X, 13). Y basta ya de citas.

2

Al náufrago le hacen nadar la inteligencia y el deseo, las mismas fuerzas que nos hacen construir civilizaciones y destruirlas, crear y abolir, emprender las tareas del amor o las tareas del odio. En ética conviene que tanto el autor como el lector piensen en primera persona y así lo hago: quiero saber a qué atenerme respecto de mí, quiero contarme bien mi vida, necesito saber qué hacer con los modelos morales que constituyen la herencia social, no quiero ni pagar el pato ni romper la baraja. No deseo vivir la inercia de una aceptación cuca ni la pirueta de un rechazo desmelenado. Si es posible la claridad en ética, por mí que no quede.

Gracián advirtió al náufrago: comience por sí mismo a saber, sabiéndose. «Hay mucho que saber, y es poco el vivir, y no se vive si no se sabe». Tenía razón. Nuestra capacidad para inventar, sea una novela, nuestra vida o una ética, tiene que ser estudiada por la teoría de la inteligencia, que nos debe enseñar cuáles son los mecanismos, las posibilidades y los límites de tan asombrosa actividad. La inteligencia crea un ámbito vital en el que somos, nos movemos y existimos. Aprovechando el viejo tópico que compara la vida con una representación teatral, diré que la inteligencia es autora, actriz, directora y, además, constructora del escenario y del teatro entero. Sin conocer su funcionamiento, poco podemos conocer de la realidad y nada de la moral.

He definido la inteligencia humana como una inteligencia animal transfigurada por la libertad. Ambas, la inteligencia y la libertad, han crecido juntas en el proceso evolutivo y en el proceso biográfico. Lo que nos caracteriza es un modo nuevo de ejecutar las operaciones mentales que

compartimos con otras criaturas. Percibir, relacionar, sentir, recordar, formar conceptos, calcular medidas, comparar valores, comunicarse con los semejantes, son operaciones mentales generosamente repartidas por todo el reino animal, que nos permiten valorar la inteligencia de cada especie atendiendo a la perfección con que las realizan. También compartimos comportamientos como la conjura, las alianzas o las intrigas palaciegas, según ha mostrado Franz de Waal en su libro *La política de los chimpancés* (Alianza, Madrid, 1993). Hace algunos años, Jane Goodall nos había contagiado su pasmo ante la habilidad con que construyen herramientas los chimpancés, esos ingenieros *amateurs*, en *The Chimpanzees of Combe* (Belknap, Cambridge, Massachusetts, 1986).

A pesar de tanta maravilla, en el animal, incluso las invenciones son rutinarias. Los hombres, por el contrario, habitan el reino de la desemejanza, de la falta de parecidos. La vida animal adolece de una gran monotonía, pues cada especie se caracteriza por un repertorio estable de actividades. Las abejas siguen construyendo sus panales con la perfección acostumbrada, las garzas bailan sin desalentarse las mismas danzas nupciales, y los chimpancés, que bajo la tutela humana demuestran sorprendentes habilidades lingüísticas, reducen drásticamente su elocuencia cuando se los deja a solas.

Si tenemos en cuenta las diferentes formas de vivir, de pensar, de sentir que han inventado los hombres; si atendemos a la variedad de sus obras desde las grandes sinfonías hasta el alfiler; si nos fijamos en los distintos modos de reaccionar y comportarse, en la crueldad y en la generosidad, o en las ricas taxonomías del amor, el desprecio o el odio, hemos de admitir que utilizando operaciones mentales análogas el hombre produce efectos heterogéneos. Como escribió Gracián: «Visto un león están vistos todos y vista una oveja todas, pero visto un hombre, no está visto sino uno, y aun ese no bien conocido».